

La popularidad del Presidente Kirchner durante un período de crecimiento económico, 2005-2006.

Heriberto Muraro

1. Introducción

Este trabajo está referido a la imagen del gobierno de Kirchner durante el período comprendido desde enero de 2005 hasta diciembre inclusive de 2006.

Los datos corresponden a las mediciones telefónicas realizadas en el ámbito metropolitano para el servicio de encuestas periódicas del servicio Telenews (TN). Dichas mediciones –15 en total– comprenden normalmente 300 entrevistas semanales (entre 1200 y 1500 casos mensuales) referidas a temas de actualidad política de cada momento así como también una serie de preguntas fijas acerca de imagen del Presidente Kirchner, sus ministros y el desempeño del gobierno nacional en diferentes áreas.

El estudio es una continuación de otros dos similares realizados en años pasados que pueden ser consultados en la página web de la consultora Telesurvey SRL: www.telesurvey.com.ar.¹

Al igual que dichos trabajos, los objetivos de este estudio son múltiples. En primer lugar, apunta a describir la evolución de los índices de popularidad de Kirchner y de su gobierno a lo largo del período mencionado con el fin de aportar materiales que en el futuro puedan interesar a analistas políticos, periodistas e historiadores.

En segundo lugar, ha sido elaborado partiendo del supuesto de que un análisis sistemático de las opiniones de la ciudadanía durante un período relativamente extenso puede ser útil para formular conjeturas sobre la posible marcha de acontecimientos futuros. Conjeturas que de ninguna manera voy a realizar.

Por último, se procuró también ir formulando sobre la marcha, por así decirlo, algunas hipótesis acerca de la dinámica de la opinión pública local con la esperanza de que ellas sirven para formular una teoría más amplia al respecto.

Como ya he señalado en estudios anteriores, los investigadores por encuestas –siempre advertidos de las limitaciones de sus instrumentos de exploración– carecemos aún de buenas guías para interpretar los fenómenos que pretendemos medir. A diferencia de los economistas, no poseemos aún de un método estándar

¹ Heriberto Muraro: *Comunicación y acción en el escenario político / La opinión pública metropolitana ante la gestión del Presidente Kirchner (junio 2003 a marzo de 2004)*, trabajo presentado en el Primer Congreso de la Sociedad Argentina Investigadores de Marketing y Opinión (SAIMO) en Buenos Aires, 22 de abril de 2005 y *Después de la luna de miel: la imagen del Presidente Kirchner durante los años 2004 y 2005*, Buenos Aires, 2005.

para abordar la coyuntura y hemos dedicados más esfuerzos a medir y a reflexionar sobre las intenciones de voto que a la evolución de los índices de popularidad de una gestión gubernamental.

2. **Unas pocas consideraciones iniciales**

Un supuesto básico de los estudios de opinión pública es que la aceptación o el rechazo de un gobierno nacional, en un contexto de voto volátil y débiles lealtades a partidos o caudillos, dependerá sobre todo de los rendimientos de la gestión en términos de crecimiento económico, distribución de la riqueza, evolución de los niveles de ocupación e inflación, preservación de las prácticas democráticas y de la paz social.

Ese supuesto –como muchos de los supuestos importantes de la ciencia social– es, en realidad, una noción de sentido común apenas disfrazada de axioma. Damos por sentado que la popularidad de un gobierno dependerá en condiciones “normales”, es decir en una sociedad democrática con economía capitalista abierta, de la evolución de la ocupación y el salario real, de la seguridad urbana, de la paz interior y del buen o mal funcionamiento de instituciones tales como los hospitales y las escuelas públicas.

No obstante, se supone también que los criterios de evaluación de esos ítems –a diferencia de las preferencias postuladas por la teoría del consumidor– variarán según las expectativas y que ellas, a su vez, estarán determinadas por las condiciones de vida de la ciudadanía al momento de iniciarse una gestión. Es decir, se considera que un gobierno que se inicia en un momento de grave crisis económica y de desorden institucional generalizado podrá lograr mayor adhesión generando beneficios que, en momentos de bonanza y tranquilidad social, serían considerados mediocres.

Lo decisivo, según ese modelo, será grado de cumplimiento de las expectativas a lo largo de una gestión teniendo en cuenta que aquellas conforman una frontera móvil: así como descienden luego de un período de penurias también ascenderán cuando la coyuntura sea favorable.

Otra manera de formular lo anterior es suponer que, normalmente, la ciudadanía otorga un crédito de credibilidad a las nuevas autoridades y que éste tiene un período de gracia tanto más dilatado cuanto más duras son las circunstancias económicas y políticas existentes inmediatamente antes de su asunción. Naturalmente, como cualquier otro crédito, éste implica una deuda que debe ser redimida tarde o temprano, aunque sólo fuere en módicas cuotas. A consecuencia de ello, la credibilidad del mensaje sobre la “nefasta herencia

recibida” o, como suele decir Kirchner, acerca del “infierno que aún estamos atravesando”, terminará necesariamente agotándose a partir de cierto momento para dar paso a la consideración de los rendimientos de la gestión.

Si bien los supuestos anteriores deberían valer para todos los gobiernos, es evidente que en el caso de Kirchner el fenómeno de las bajas expectativas tuvo mayor peso que en casos anteriores ya que éste se inició en un período marcado por una de las más profundas y prolongadas crisis que experimentara el país en los últimos cincuenta años.

Su momento de arranque coincidió también, como era previsible, con un período de rechazo absoluto de la ciudadanía hacia la clase política en su conjunto a la cual consideraba, casi sin efectuar distinciones de ningún tipo, como un hato de corruptos e incapaces.

Todo ello dio lugar, a mi parecer, a dos actitudes liminares de efectos opuestos: una marcada desconfianza hacia los políticos, y una tendencia a conformarse con muy poco.

Lo singular de esas actitudes es que, a diferencia de lo ocurrido en crisis anteriores, no estuvo acompañada por una pérdida de adhesión al régimen democrático y de una búsqueda activa de una salida militar. Para decirlo con palabras de mi colega Mora y Araujo: no se produjo la irrupción del “partido del golpe”.

Cabe señalar que es posible que la percepción negativa de los dirigentes partidarios –algo que por entonces se expresaba con la frase “que se vayan todos”– también podría corresponder a una tendencia secular, inherente a nuestra cultura política. Sin embargo, en la actualidad resultaría prácticamente imposible discriminar el peso relativo de ese factor de los efectos de la crisis de los años 2001/2002.

De acuerdo a lo expuesto en los ya mencionados trabajos anteriores, Kirchner se comportó como si fuera muy conciente de la precariedad de su situación de partida y también de los beneficios que podía reportarle el bajo nivel de expectativas de la ciudadanía. A tal efecto adoptó, casi desde el primer día de su gestión, una serie de medidas destinadas a ganar popularidad recortando el poder de la corporación militar y policial, interviniendo organismo considerados como centro de corrupción, desplazando a sectores políticos que la mayoría consideraba responsables de la crisis y a la vez, adoptando un esquema económico que podía lograr la reactivación a través de un dólar alto y la contención social mediante planes de asistencia social masivos.

A lo anterior, el Presidente sumó un discurso moderadamente “izquierdista” fundado en el enjuiciamiento de quienes violaron los derechos humanos durante la dictadura pasada, críticas permanentes al FMI, progresivo distanciamiento con respecto a los EE.UU. y un retorno a cierto intervencionismo estatal en materia de precios y servicios públicos.

Gracias a esas políticas logró prolongar su luna de miel con el electorado hasta mediados del año 2004 ganando así un tiempo precioso para acumular los recursos económicos y políticos necesarios para emprender tareas más dificultosas y trascendentales. Me refiero a la negociación con los bonistas externos, al pago total de las obligaciones del país ante el Fondo, una alianza con el sector sindical opuesto a los viejos aliados del menemismo, la desactivación parcial del movimiento piquetero y el “pase a retiro” de muchos de sus adversarios dentro y fuera del movimiento peronista.

La ejecución exitosa de dichas tareas le permitió seguir manteniendo luego de dos años de gestión un nivel de popularidad situado por encima del 50%. Pero lo que más contribuyó a ese fenómeno de alta popularidad es que, paralelamente, la nueva orientación económica fue rindiendo frutos: la tasa de inflación, el nivel de desempleo y la proporción de hogares por debajo de la línea de pobreza disminuyó en tanto que el aumento del PBI superó todas las previsiones.

Entre el año 2002 y el 2006, según el INDEC, la tasa de hogares por debajo de la línea de pobreza pasó, aproximadamente, del 46% al 25% en tanto que la proporción de desocupados bajó del 21% al 10%. Correlativamente, se verifica que si bien los salarios reales crecieron sostenidamente, hacia fines de 2006 no habían alcanzado aún el nivel que tuvieran antes de la crisis, en 2001.

En otras palabras: operando a partir de una situación caracterizada por una gran desconfianza hacia la clase política y un bajo nivel de expectativas, el Presidente logró conservar un alto nivel de popularidad hasta tanto la economía se reactivara y se manifestaran los beneficios de una política a la vez innovadora y ordenadora con respecto a los gobiernos de Menem y De la Rúa.

Ese panorama sería perfecto, casi idílico, si en la actualidad no empezaran a manifestarse en el escenario político diversos problemas que tienen el carácter de nubarrones aislados pero pueden transformarse en fuente de conflictos en los años venideros, probablemente después de la reelección del oficialismo.

A ese género de conflictos potenciales corresponden, para mencionar sólo los más evidentes, el agotamiento paulatino de los controles de precios, la resistencia de los productores agropecuarios a las retenciones impositivas y los precios máximos, el rechazo de diversos sectores a una real o supuesta

concentración del poder en la figura del Presidente, la amenaza de una crisis energética y un conflicto con el Uruguay por las pasteras que no parece tener una salida aceptable para ninguna de las partes involucradas en él. También el déficit fiscal de algunas provincias grandes y, muy especialmente, la preocupación constante de la ciudadanía por la inseguridad urbana.

De una manera informal, la mayoría de los investigadores solemos referirnos a la alta popularidad de Kirchner y a la muy alta intención de voto por él o su mujer como al “blindaje del Presidente”.

Por ejemplo: en junio de 2006 (medición #159, n = 300 casos) se observa que el 63% de los encuestados de TN opinó que en las próximas elecciones la candidatura de Kirchner probablemente obtendría más del 50% de los votos. Simultáneamente, el 77% consideró que la oposición no hace más que criticar al gobierno en tanto que sólo el 11% decía que “estaba ayudando a resolver los problemas del país”.

Yendo más atrás: en la medición de TN #110 (n = 300 casos) de julio del año 2005 (medición #110; n = 300 casos) –a los 3 años de que asumiera Kirchner– el 57% consideraba que el país estaría “peor” si la primera magistratura hubiera sido ocupada por cualquiera de los competidores de Kirchner a ese cargo. Un 28% dijo que estaría “igual” y sólo un 11% dijo “mejor”.

Sin embargo, el blindaje no quita que los investigadores de opinión también observemos con suma atención las fluctuaciones de sus indicadores de popularidad y nos preguntemos hasta qué punto los nubarrones podrán mantenerse como tales, es decir, sin condensarse en un frente de oposición más eficaz.

3. La popularidad del Presidente durante 2005 y 2006

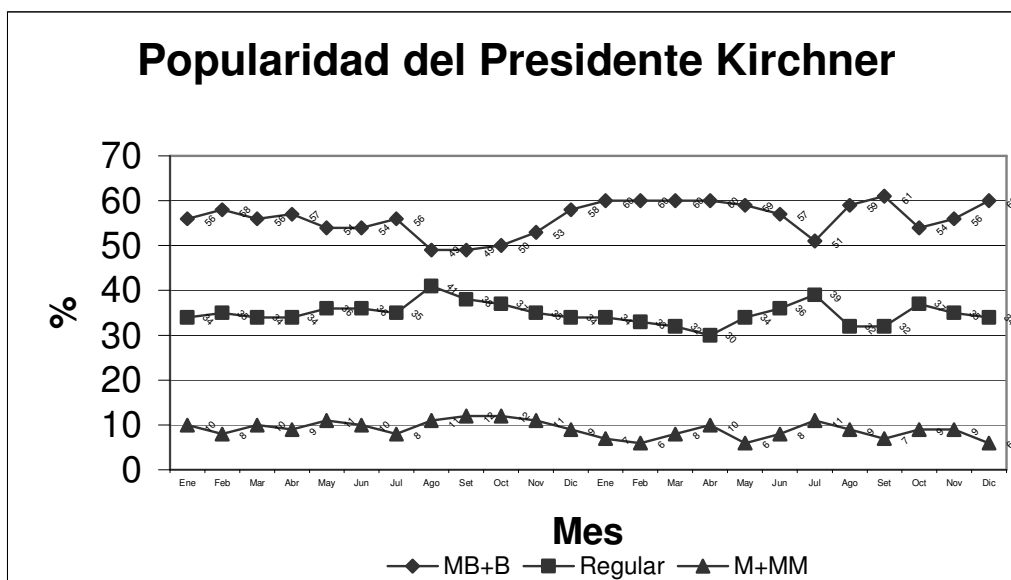


Gráfico 1: Índice de popularidad del Presidente Kirchner 2005 - 2006.
Referencias: "MB+B": "muy bueno" + "bueno"; "M+MM": "malo" + "muy malo". Se omite el porcentaje de "no sabe" o "no contesta" de cada medición.

Al examinar los índices de popularidad del Presidente resulta claramente que la tasa de "bueno" más "muy bueno" de éste durante el 2005 y 2006 se mantuvo por encima del 50% en tanto que, en el otro extremo, la tasa de "malo" y "muy malo" nunca superó el 15%.

No obstante, las curvas incorporadas al Gráfico 1 anterior demuestran que se han producido algunas depresiones menores de las cuales la popularidad de Kirchner logró recuperarse poco tiempo después pero que, de todas maneras, indican "focos de irritación" de algunos sectores de la opinión pública. A saber:

Depresión 1: Hacia mediados del año 2005, la tasa de "muy bueno" más "bueno" pasó del 56% en julio al 49% en agosto y septiembre de ese año para irse recuperando luego hasta alcanzar paulatinamente el nivel "normal" del 60% en los meses posteriores.

Esa caída puede ser explicada por los efectos desestabilizadores que suelen tener los procesos preelectorales. La proximidad de los comicios no sólo generan un fuerte debate mediático a favor y en contra del gobierno sino que también provocan una multiplicación de las manifestaciones de sectores de interés que dan por sentado que en esos momentos éste es más proclive a ceder ante las presiones públicas.

Depresión 2: La segunda depresión consistió en una baja que se produjo en julio del año pasado. En ese momento, el índice cayó 6 puntos porcentuales con respecto al mes anterior para luego recuperarse en agosto.

Coincidió temporalmente con una serie de “malas noticias” tales como el dictamen del Tribunal de La Haya desestimando el reclamo argentino de que se pare la construcción de las pasteras y con el desagrado que provocara entre amplios segmentos de la opinión pública el debate de los llamados “superpoderes” y la reglamentación de los decretos de necesidad y urgencia.

En julio de 2006 (mediciones #161 a #163, n =900 casos) el 78% estaba en desacuerdo con que el Congreso otorgara al gobierno los llamados “superpoderes” en tanto que 64% dijo estar de acuerdo “con las críticas de la oposición a la reglamentación propuesta de los decretos de necesidad y urgencia”. En ese momento (medición #163, n = 300 casos) el 80% dijo estar al tanto de que el Tribunal de La Haya no había suspendido la construcción de las pasteras.

Cabe señalar que aunque la mayoría consideró positivamente que el gobierno de Kirchner hubiera apelado a esa corte internacional de justicia para resolver el conflicto con el Uruguay también dio por sentado que su fallo sería adverso a la Argentina.

Depresión 3: El tercer bajón correspondió a los meses de octubre y noviembre de 2006. Tuvo su origen en otra racha de acontecimientos desfavorables para la imagen del gobierno que se inició con un hecho particularmente dramático –los disturbios ocurridos en ocasión del traslado de los restos de Perón– y se prolongó luego con el debate que generara el intento de asegurarse la reelección del Gobernador de Misiones y su posterior fracaso electoral.

En noviembre de 2006 (medición #178, n =300 casos) el 86% dijo estar al tanto del resultado del plebiscito de Misiones. Un 77% dijo estar en desacuerdo con la reelección por tiempo indefinido de los gobernadores.

No obstante, dichos comicios no representaron para la población metropolitana el shock que varios dirigentes opositores –y el mismo gobierno– atribuyeron a ese acontecimiento. El 43% dijo que éste había perjudicado “mucho” o “algo” al gobierno contra el 49% que dijo que lo había perjudicado “poco” o “nada” y 9% que no opinó al respecto.

Asimismo, sólo el 24% estimó que había beneficiado “mucho” o “algo” a la Iglesia Católica y 38% a los partidos de la oposición.

Cabe señalar que en este caso la corrección del rumbo adoptada por parte del equipo presidencial, consistente en pedir al Gobernador de Buenos Aires y otros que desistieran de ser reelectos, fue inmediata y bien recibida por la ciudadanía.

Como puede observarse en la enumeración anterior, hacia la segunda mitad del año pasado la imagen del gobierno resultó parcialmente afectada por dos

seguidillas de hechos políticos “menudos” que, a mi juicio, indican una creciente resistencia de diversos sectores ante la hegemonía del kirchnerismo y a su discurso destinado a hostigar a la Iglesia Católica, a dirigentes opositores y a sus maniobras para imponer candidatos en escenarios provinciales.

Esos síntomas de vulnerabilidad también están asociados a la irrupción de voceros de corrientes de opinión adversas al kirchnerismo tales como el movimiento Blumberg, sectores de la Iglesia Católica y oficiales de las Fuerzas Armadas cuyas manifestaciones discordantes se sumarán en los próximos meses al creciente nerviosismo que produce el ingreso a un año electoral.

También debe agregarse a ese arco opositor a los piqueteros “duros” y a la creciente marea de activistas de la ecología dispuestos a imitar a los vecinos de Entre Ríos para resolver problemas ambientales en su lugar de residencia.

Aunque esos procesos no suponen por el momento la ruptura del “blindaje”, mi hipótesis es que en ellos se encuentran las claves para pronosticar las futuras divisiones del escenario político; mucho más que en torno a las divisiones (ahora más difusas que nunca) entre peronismo y no peronismo, o entre peronistas y radicales.

Lo más interesante de las mencionadas manifestaciones de oposición es que corresponden a movimientos sociales y no a partidos. De hecho, los partidos políticos siguen hoy girado en torno a la oposición trazada por el gobierno entre kirchneristas y antikirchneristas y no logran escapar de la tensión que supone definir candidatos y estrategias con vistas a las elecciones presidenciales de este año.

Un caso ejemplar para ilustrar ese proceso es el resonante fracaso del Gobernador Rovira cuyos protagonistas no fueron dirigentes partidarios sino un puñado de dignatarios de la Iglesia Católica decididos a frenar la hegemonía presidencial y a limpiar el estigma de haber sido cómplices de la dictadura pasada que aún afecta a esa institución.

En octubre de 2006 (medición #171; n = 300 casos) –en pleno debate acerca del intento de reelección de Rovira– el 64% de los entrevistados de TN consideró que los obispos que criticaban la política de derechos humanos de Kirchner buscaba encubrir a quienes habían cometido ese tipo de delitos.

En buena medida, la emergencia de esos focos de irritación son una consecuencia necesaria del éxito mismo de la gestión del elenco gobernante en ir eliminando a sus posibles enemigos y para cooptar aliados, dentro y fuera del peronismo. Una porción minoritaria pero nada despreciable de la población teme

que dicha acumulación de poder derive en alguna forma de autoritarismo y/o de corrupción generalizada.

A mi parecer, ese proceso corresponde a la teoría que bosquejé hace ya una década acerca de búsqueda por parte de la ciudadanía de poderes compensatorios o del “contrapoder”. De acuerdo a ese esquema, la ciudadanía en una democracia competitiva buscará con los medios a su alcance, el voto o la formulación de demandas, o la protesta, no sólo fortalecer a aquél gobierno cuya gestión la beneficie sino también limitar parcialmente su poder para evitar que termine operando de manera autónoma y de espaldas a la opinión pública.

Decía en ese entonces que: “Una consecuencia posible de lo anterior [de la estrategia de construcción del contrapoder] es que los simpatizantes de un partido oficial cuyo triunfo es estratégicamente factible buscarán que éste acumule la cantidad de votos necesarios para aplicar su programa (a diferencia de los partidarios de la oposición) pero, a la vez, estarán interesados en que, de resultar triunfante, no acumule tanto poder como para autonomizarse, terminar ignorando sus promesas preelectorales y adoptar medidas que sólo beneficien a un puñado de funcionarios y arribistas”.² Ese tema, el del temor al hegemonismo, –que no debe confundirse con la exagerada denuncia de autoritarismo semifacista que suelen formular algunos críticos de Kirchner como Carrió– volverá a ser examinado más adelante, en el punto 5 de este trabajo.

Mirando retrospectivamente, podría decirse que la Argentina ha pasado en los últimos 50 años de un período centrado en los conflictos entre corporaciones a otro determinado por la competencia entre partidos e ingresa ahora, con el kirchnerismo, a una etapa aún más compleja caracterizada por una articulación laxa y sumamente competitiva de grupos de interés, medios influyentes, coaliciones electorales difusas y movimientos sociales apenas organizados. Todos ellos buscando diferenciarse entre sí y, a la vez, buscando llegar a acuerdos parciales para ganar influencia.

4. Evaluación de los resultados de la gestión Kirchner

Como ya se dijera, el servicio TN comprende la evaluación periódica de la calificación que merece el gobierno con relación a diversas áreas de su gestión.

Debido a diversas modificaciones que fueron introduciéndose a la parte fija del cuestionario de TN a lo largo del tiempo no todas las calificaciones cubren ambos

² Heriberto Muraro, *Políticos, periodistas y ciudadanos*, Buenos Aires, 1997, p. 110.

años. Un ítem –como el de las relaciones con el FMI cuya indagación perdió pertinencia luego que el país saldara la totalidad de su deuda con ese organismo– fue eliminado. Otro ítem –el referido a la seguridad cambió la forma en que era interrogado y las mediciones anteriores a junio de 2005 no son comparables con las aquí empleadas en tanto que los rubros acerca de salud pública, educación y manejo de las FFAA fueron introducidas recién a mediados de 2006.

En términos generales, las calificaciones registradas pueden ser divididas en cuatro grandes categorías:

1. Áreas que recibieron calificaciones mayoritariamente positivas:

- El manejo de las relaciones con el Fondo Monetario Internacional (saldo “bueno – malo” para todo el período = 31%; 18 meses medidos).
- El manejo en general de la economía (más adelante veremos que este rubro no es lo mismo que la satisfacción con el nivel de precios o con salarios o jubilaciones, saldo = 29%; 24 meses medidos).
- El manejo de las relaciones con los EE.UU. (saldo = 14%; 24 meses medidos).

2. Áreas cuya calificación es intermedia:

- La construcción de obra pública . (saldo = 6%; 24 meses medidos).
- La creación de nuevos empleos (saldo = 4%; 24 meses medidos).
- El manejo de las FF.AA. (saldo = -3%; 7 meses medidos).
- El manejo de las empresas de servicios públicos privatizadas (saldo = -4%; 24 meses medidos).

3. Áreas cuya calificación es baja:

- El control de la corrupción (saldo = -27%; 24 meses medidos).
- Salud pública (saldo = -30%; 7 meses medidos).
- Educación pública (saldo = -31%; 7 meses medidos).
- Los salarios y jubilaciones (saldo = -32%; 24 meses medidos).

3. Áreas cuya calificación es mayoritariamente negativa:

- El manejo de los piqueteros (saldo = -45%; 24 meses medidos).
- Precios de los artículos de consumo diario (saldo = -51%; 24 meses medidos).
- Seguridad (saldo = -70%; 7 meses medidos).

La clasificación anterior de las evaluaciones de los entrevistados durante los años 2005 y 2006 pueden ser resumidas en el siguiente cuadro:

Cuadro 1: Calificación de la gestión del gobierno de Kirchner, según diversas áreas de gestión 2005 y 2006

Calificación 2005/2006	Bien	Regular	Mal	Saldo	Meses
Variable	%	%	%	%	medidos
Relaciones con el FMI	44	38	13	31	18
Manejo de la economía	42	45	13	29	24
Relaciones con los EEUU	31	46	17	14	24
Obra pública	30	41	24	6	24
Empleo	31	42	27	4	24
Manejo de las FFAA	22	36	25	-3	7
Servicios públicos	26	44	30	-4	24
Control de la corrupción	14	44	41	-27	24
Salud pública	16	38	46	-30	7
Educación pública	15	38	46	-31	7
Salarios / jubilaciones	17	34	49	-32	24
Piqueteros	12	30	57	-45	24
Precios	8	32	59	-51	24
Seguridad	5	21	75	-70	7

Los datos anteriores plantean, ante todo, un problema básico que es necesario aclarar antes de proceder a su interpretación ¿A qué corresponde el rubro “manejo de la economía” que resulta positivo en tanto que las opiniones acerca de los precios y salarios/ jubilaciones son francamente negativas?

Mi interpretación es que, tal como lo prueban los indicadores macroeconómicos antes incluidos, esa aparente contradicción se debe a que la recuperación económica no se produjo vía incremento de los ingresos reales de los trabajadores sino por un aumento de las oportunidades de empleo y de las remuneraciones de sectores no asalariados tales como comerciantes o profesionales.

Además, esos datos están afectados por un fenómeno por demás conocido por los investigadores de opinión: los salarios siempre parecen bajos y los precios demasiado altos para el grueso del público.

Corroboro lo antes dicho diversas mediciones aisladas realizadas periódicamente para evaluar por otras vías el grado de satisfacción con la marcha de la economía.

Hacia enero del año 2005 el 55% de los encuestados dijo estar económicamente “mucho” o “algo mejor” que el año anterior; 28%, “igual” y el 16% “mucho” o “algo peor” que el año anterior.

En diciembre del año 2006 se volvieron a formular preguntas de similar tenor. En ese momento, el 41% dijo que su situación económica personal había sido en

el 2006 “mucho” o “algo mejor” que en el 2005; 46% “igual” y 13% “algo” o “mucho peor”.

Asimismo, en comparación con el período de la crisis de los años 2001/2, el 75% dijo que su situación económica personal era “mucho” o “algo mejor”, 18% “igual” y 7% “algo” o “mucho peor”.

El conjunto de los datos corresponde puntualmente con la caracterización de la coyuntura que suelen formular los entrevistados en los grupos de indagación focal. Sus opiniones al respecto son del tipo: “Las cosas están mejorando, algo se ha avanzado en materia de empleo pero aún resta mucho por hacer para erradicar la desocupación y los salarios siguen siendo bajos en tanto que los precios siguen aumentando aunque el gobierno (es decir, los indicadores oficiales de incremento de los precios minoristas) no quiera reconocerlo”.

Nótese que esas opiniones combinan dos perspectivas: la evaluación de corto plazo con respecto a la crisis del año 2001 con la perspectiva de largo plazo acerca de lo que debería ser una situación de “verdadera” bonanza.

El resto de los rubros arriba examinados son de interpretación más inmediata. A despecho de la mejoría económica experimentada, el grueso del público considera que los servicios públicos prestados directamente por el Estado, tales como la educación y la salud pública, siguen siendo muy deficientes y estima que en el país no hay seguridad en absoluto.

También que el público tolera el manejo gubernamental de las empresas de servicios públicos privatizados debido sobre todo –según otros datos– a que aún no se ha producido el “tarifazo” que viene esperando desde hace mucho tiempo.

Asimismo, valoriza los esfuerzos de la actual administración en materia de construcción de obra pública y los reiterados gestos de autoridad del gobierno en relación con las FF.AA.

El rubro relaciones con el FMI se ubica entre las cosas más positivas que viene haciendo la administración Kirchner debido a que durante mucho tiempo el público apoyó el discurso “antifondo” del Presidente (aunque siempre temió represalias de parte de los organismos financieros internacionales) y luego se entusiasmó con la noticia de que la Argentina había logrado saldar totalmente su deuda con ese organismo.

En cuanto al manejo de los piqueteros, los datos indican que desde que se rompiera la alianza espontánea entre los ahorristas de clase media afectados por el “corralón” y los desocupados agrupados en dicho movimiento, estos últimos pasaron a ser objeto de intenso rechazo por parte del grueso de los encuestados. A consecuencia de ello, la exitosa política de Kirchner para desactivar a los cortes

piqueteros asimilando algunos de sus dirigentes no ha rendido frutos en materia de popularidad del gobierno: muchos piensan aquellos deberían lisa y llanamente desaparecer del mapa (aunque no están de acuerdo en que la policía reprima los cortes).

Acerca de la lucha contra la corrupción –cuyo saldo negativo es grande y permanente– cabe hacer dos observaciones. En primer lugar, el indicador refleja la herencia recibida por la opinión pública del período del “que se vayan todos” y, en segundo lugar, es probable que se deba a que el gobierno (o la justicia) no han cumplido, o han cumplido en muy limitada medida, sus promesas de juzgar a los corruptos ligados a la “vieja política”, a hechos resonantes tales como los sobornos en el Senado durante el gobierno de De la Rúa y al manejo de organismos del Estado tales como el PAMI o la Aduana.

Otra pregunta de interés que puede formularse acerca de todos esos indicadores es si durante el período analizado –independientemente de la mayor o menor satisfacción del público con cada área– el nivel de conformidad ha aumentado, se mantienen estacionario o disminuyó. Para abordar ese problema se calculó el saldo promedio para cada dimensión acerca de la cual se registrara información para ambos años.

Dicha información indica que el nivel de conformidad con la gestión se incrementó en el 2006 con respecto al año anterior para la mayoría de las áreas.

Los mayores aumentos corresponden a empleo y piqueteros en tanto que, en el otro extremo, se produjo un descenso promedio leve de la conformidad con relación a control de la corrupción.

Cuadro 2: Variación entre 2005 y 2006 de la calificación de la gestión del gobierno de Kirchner

Variables	Calificación 2005			Saldo 2005 (1) %	Calificación 2006			Saldo 2006 (2) %	Variación 2006/5 (2)-(1)%
	Bien %	Regular %	Mal %		Bien %	Regular %	Mal %		
Relaciones con el FMI	40	41	15	25	54	32	11	43	18
Obra pública	25	40	28	-3	35	42	19	16	19
Manejo de la economía	41	44	14	27	44	45	11	33	6
Empleo	25	41	33	-8	36	43	21	15	23
Relaciones con los EEUU	29	46	17	12	34	45	17	17	5
Servicios públicos	22	42	35	-13	30	45	25	5	18
Piqueteros	11	27	62	-51	14	44	42	-28	23
Corrupción	14	44	41	-27	14	44	42	-28	-1
Salarios / jubilaciones	15	32	54	-39	20	36	45	-25	14
Precios	6	30	63	-57	10	33	55	-45	12

Corresponde señalar que las series temporales registradas para todos indicadores anteriores mantienen una alta correlación entre sí y, naturalmente, con el nivel de popularidad de Kirchner. Esto indica que las opiniones de los encuestados –tomadas globalmente– están afectadas por un fuerte efecto de halo.

Cuando se produce en el escenario público un acontecimiento favorable (o desfavorable) que corresponde en teoría a un aspecto determinado de la gestión, por ejemplo a la economía, éste “contamina” a las opiniones de los entrevistados acerca de otras áreas que son, aparentemente, ajenas, tales como las relaciones con los EE.UU. o con los piqueteros.

Quien no advirtiera ese fenómeno –el de la alta correlación que mantienen entre sí esos indicadores– podría realizar imputaciones causales absurdas. Por ejemplo, podría llegar a descubrir que la popularidad del Presidente está motivada, fundamentalmente, por su relación con el control de la corrupción.

Por ejemplo: la correlación entre el manejo de la economía y el control de la corrupción es del orden 0,613 ($n = 24$ mediciones mensuales, $p = 0,001$) o entre las relaciones con el FMI y la creación de empleo alcanza al 0,762 ($n = 18$ mediciones mensuales, $p = 0,000$)

Análogamente, si se considera a la popularidad de Kirchner como variable dependiente y a los demás indicadores como dependientes, se obtienen resultados inaceptables debido a la altísima colinealidad existente entre los predictores.

Cuando se realizó ese procesamiento (excluyendo a las relaciones con el FMI que cubre sólo 18 meses de los 24) el coeficiente de regresión múltiple para el predictor “manejo de la economía” resultó no significativo y su signo fue negativo a pesar de que su correlación parcial con el índice de popularidad de Kirchner es del 0,775.³

5. **El experimento ideal, y supuestamente, decisivo.**

El sueño de los investigadores de opinión pública es identificar, aplicando a la vez métodos estadísticos “respetables” y sólidos fundamentos teóricos, a un conjunto de variables al que pueda imputarse el carácter de “causas” de la mayor o menor popularidad de un mandatario.

En lenguaje más técnico, el ideal es encontrar un conjunto de variables independiente no colineales que expliquen una muy alta proporción de la variación del índice de popularidad del Presidente.

Hipotéticamente, ello permitiría contestar a la trascendental pregunta de porqué tal o cual presidente ganó o perdió popularidad durante un cierto período y, en la imaginación un tanto febril de los analistas cuantitativos, en qué medida podrá mejorar un gobierno su imagen si los precios, el empleo o la cantidad de delitos que se cometen variaran en un x por ciento.

La teoría actual acerca de la popularidad de los mandatarios –formulada originalmente en países avanzados– sostiene, como es de esperar, que las variables decisivas en una sociedad democrática y con economía de mercado deben ser de índole económica aunque ciertos hechos dramáticos –tales como el inicio de una guerra o un atentado terrorista masivo– pueden tener una fuerte incidencia en la opinión pública.

Con respecto a los datos aquí analizados ello supondría elegir alguna combinación entre los indicadores que explicaran satisfactoriamente las variaciones de las calificaciones adjudicadas a Kirchner.

Esto puede hacerse, a su vez, de dos maneras posibles: una “macro” y la otra “micro”.

La macro consiste en comparar las correlaciones existentes entre las variaciones de los porcentajes de casos favorables o desfavorables para cada área de gestión gubernamental y el índice de popularidad del Presidente para toda la población, considerada como si fuera una totalidad, a lo largo del tiempo.

³ Para realizar dichas estimaciones se emplearon los “saldos”, es decir el porcentaje de quienes opinaron, para cada ítem, que el desempeño del gobierno era “bueno” menos la tasa de quienes dijeron que era “malo”.

En otras palabras: el procedimiento macro se basa en comparar las subas y bajas de las curvas temporales antes examinadas.

El procedimiento micro, en cambio, reside en examinar desagregadamente, caso por caso, para determinar si aquellos que opinan bien (o mal) del Presidente en general opinan bien (o mal) de su manejo de la economía o de la lucha contra la corrupción e inferir a partir de dichas correlaciones cuál es la causa de la mayor o menor popularidad del primer mandatario. En este caso he optado por el procedimiento micro dado que éste es el más eficiente ya que permite considerar mayor cantidad de casos. Además, la comparación con las series temporales ya fue descalificada debido a la alta colinealidad de los predictores según ya se explicara al término del punto 4 anterior.

Dicho análisis de las asociaciones existentes entre la popularidad del Presidente y las calificaciones de las diversas áreas de gestión gubernamental se realizó empleando exclusivamente las entrevistas correspondientes a los últimos cuatro meses del año pasado por considerar que ellos reflejarían mejor lo que sucede en la opinión pública en la actualidad.⁴

Lamentablemente, las mediciones de TN –por razones de programación del trabajo de campo– no permiten comparar **simultáneamente** la incidencia de cada aspecto de la gestión presidencial medidos por este servicio. Salvo la calificación del gobierno en materia de política económica, todos los demás indicadores se midieron semana por medio de tal manera que se tienen dos conjuntos excluyentes de variables que pueden ser considerados simultáneamente a lo largo del último cuatrimestre del año 2006, a saber:

Conjunto A:

- 1) Calificación del manejo de la economía en general.
- 2) Calificación del manejo de las empresas de servicios públicos.
- 3) Calificación del manejo de las Fuerzas Armadas.
- 4) Calificación del monto de los salarios y jubilaciones.
- 5) Calificación de la seguridad o lucha contra el delito.
- 6) Calificación de los servicios de salud pública.
- 7) Calificación de los servicios de educación pública primaria y secundaria.

Conjunto B:

- 1) Calificación del manejo de la economía en general.

⁴ Ambos procedimientos no tienen mayor sentido durante la denominada “luna de miel”. En ese período las opiniones de los encuestados están dictadas por sus buenas expectativas más que por los rendimientos de la gestión.

- 2) Calificación de la lucha contra la corrupción.
- 3) Calificación del manejo de la cuestión “piquetera”
- 4) Calificación de las relaciones con los EE.UU.
- 5) Calificación de la creación de nuevos empleos.
- 6) Calificación de la construcción de obra pública.

Para el Conjunto A fue posible contar con 2114 casos. Tomando a ese conjunto de indicadores como variables independientes y al nivel de popularidad de Kirchner como variable dependiente se observa:

- Las variables independientes tienen entre sí un nivel de colinealidad aceptable: en ningún caso el índice de correlación entre ellas es superior al 0,46 y la mayoría de ellas varía entre 0,25 y 0,30.
- En conjunto de esas variables explica el 39% de la variancia de índice de popularidad del Presidente. Es decir, la asociación entre ellas y la popularidad de Kirchner es altamente significativa ($F = 190,798$, $\text{sig} = 0,000$ para 7 y 2107 grados de libertad, respectivamente).
- Si se atiende a los coeficientes de regresión y a los correspondientes valores de la t para cada uno de ellos resulta que un par de ellos no son significativos al 5%. Ellos son los correspondientes a la calificación de los servicios de salud pública ($b = 1,022$; $\beta = 0,023$; $t = 1,167$, $\text{sig} = 1,243$) y de la lucha del gobierno contra el delito ($b = 0,038$; $\beta = 0,027$; $t = 1,447$, $\text{sig} = 0,148$).⁵ Este fenómeno se debe, a simple vista, a que ambas áreas gubernamentales reciben calificaciones tan unánimemente negativas que no contribuyen en casi nada a explicar las variaciones de la popularidad de Kirchner según los casos. Son cuasi constantes.⁶
- De las demás variables, la que mejor explica la popularidad de Kirchner es sin duda alguna la calificación de su manejo de la economía ($b = 0,0552$; $\beta = 0,445$, $t = 23,568$; $\text{sig} = 0,000$). Por cada punto de incremento (decremento) de la calificación de este indicador la popularidad de Kirchner se aumenta (baja) algo más medio punto.

⁵ En este texto se emplea en todos los casos la letra “b” para indicar un coeficiente de regresión métrico y la letra griega “ β ” para indicar la versión estandarizada de éste.

⁶ Se ruega no sacar la conclusión equivocada de que a la ciudadanía le es indiferente la salud pública o la seguridad. Probablemente, un ligero incremento en la calificación de esos aspectos de la gestión provocarían un incremento importante de la popularidad del Presidente.

- Con menor peso que la variable económica, figuran la calificación de los salarios y jubilaciones y de los servicios de educación pública.
- Por último, con importancia aún menor –pero de todas maneras significativa– tenemos al manejo de los servicios públicos y de las Fuerzas Armadas.

El Conjunto B corresponde a 2284 casos. Los resultados de su procesamiento son los siguientes:

- Todas las variables independientes incluidas en él son significativas y explican el 42% de la variancia del indicador de popularidad de Kirchner.
- Nuevamente la variable más importante es la calificación de la economía ($b = 0,406$; $\beta = 0,319$, $t = 17,108$; $\text{sig} = 0,000$). Obviamente el coeficiente de regresión múltiple de este indicador no es igual al determinado mediante su inclusión en el Conjunto A pero su valor resulta muy cercano; por cada punto de incremento (decremento) de dicho ítem la popularidad de Kirchner subirá (bajará) 0,4 puntos (casi medio punto como en el caso anterior).
- Pero en este caso también tiene gran peso en la predicción de la popularidad de Kirchner la creación de empleo ($b = 0,236$; $\beta = 0,210$, $t = 11,418$; $\text{sig} = 0,000$).
- Con menor peso tenemos la construcción de obra pública (un ítem estrechamente relacionado con el empleo, $b = 0,139$; $\beta = 0,126$, $t = 6,992$; $\text{sig} = 0,000$), la lucha contra la corrupción ($b = 0,147$; $\beta = 0,121$, $t = 6,522$; $\text{sig} = 0,000$) y las relaciones con los EEUU ($b = 0,127$; $\beta = 0,105$, $t = 5,916$; $\text{sig} = 0,000$).
- En último término se ubica la calificación del manejo de la cuestión piquetera ($b = 0,081$; $\beta = 0,069$, $t = 3,992$; $\text{sig} = 0,000$).

Todos estos datos prueban, a mi juicio, que el manejo en general de la economía y, en especial, la creación de empleos, es la “causa” actualmente determinante del alto nivel de popularidad de Kirchner.

Sin embargo, no debe inferirse de la conclusión anterior que aspectos “políticos” tales como las relaciones con los EE.UU. o el manejo de las Fuerzas Armadas no participen también de la evaluación del actual gobierno.

6. Un enfoque alternativo

Para abordar de otra manera el problema anterior se adoptó hacia el mes de diciembre de 2006 un enfoque que resultó, a mi parecer, tan ingenuo como eficaz. Se incorporó durante dos semanas dos grupos de preguntas a saber:

a. Evaluación de la economía del país:

Consistente en dos preguntas: una acerca de si la economía de la Argentina estaba ahora, a juicio del entrevistado, “mucho mejor”, “algo mejor”, “igual”, “algo peor” o “mucho peor” con respecto al momento de la pasada crisis económica y al último gobierno de Menem, cuando regía el famoso “1 a 1”, respectivamente.

b. Evaluación del estilo del gobierno de Kirchner:

También integrada por dos preguntas: una acerca de si consideran a su gobierno “muy”, “bastante”, “poco” o “nada” honesto y otra, codificada de igual manera, acerca de si lo consideran democrático. Las preguntas acerca de la situación económica del país economía dieron, como era previsible, resultados sumamente favorables para la actual administración. Sólo el 5% dijo que la Argentina estaba “algo peor” que durante la última crisis y nadie estimó que estaba “mucho peor”. Análogamente sólo el 11% dijo que estaba “mucho” o “algo peor” que durante el último gobierno de Menem.

Pero los resultados de las otras dos preguntas, las “políticas”, resultaron ser una verdadera sorpresa: el 49% (¡casi la mitad de los casos!) consideró que el gobierno de Kirchner era “poco” o “nada” democrático” en tanto que el 48% que era “poco” o “nada” honesto.

Estos datos indican, ante todo, que casi la mitad de los electores comparten en la actualidad algunas de las reiteradas críticas de la oposición al hegemonismo de Kirchner, a sus métodos cuasiautoritarios a despecho de que, por otra parte, reconoce sus éxitos en materia económica.

No deja de ser curioso que el 43% de los que consideran a Kirchner “poco” o “nada democrático” y el 42% de quienes dicen que es “poco” o “nada honesto” lo califican de “muy bueno” o “bueno”.

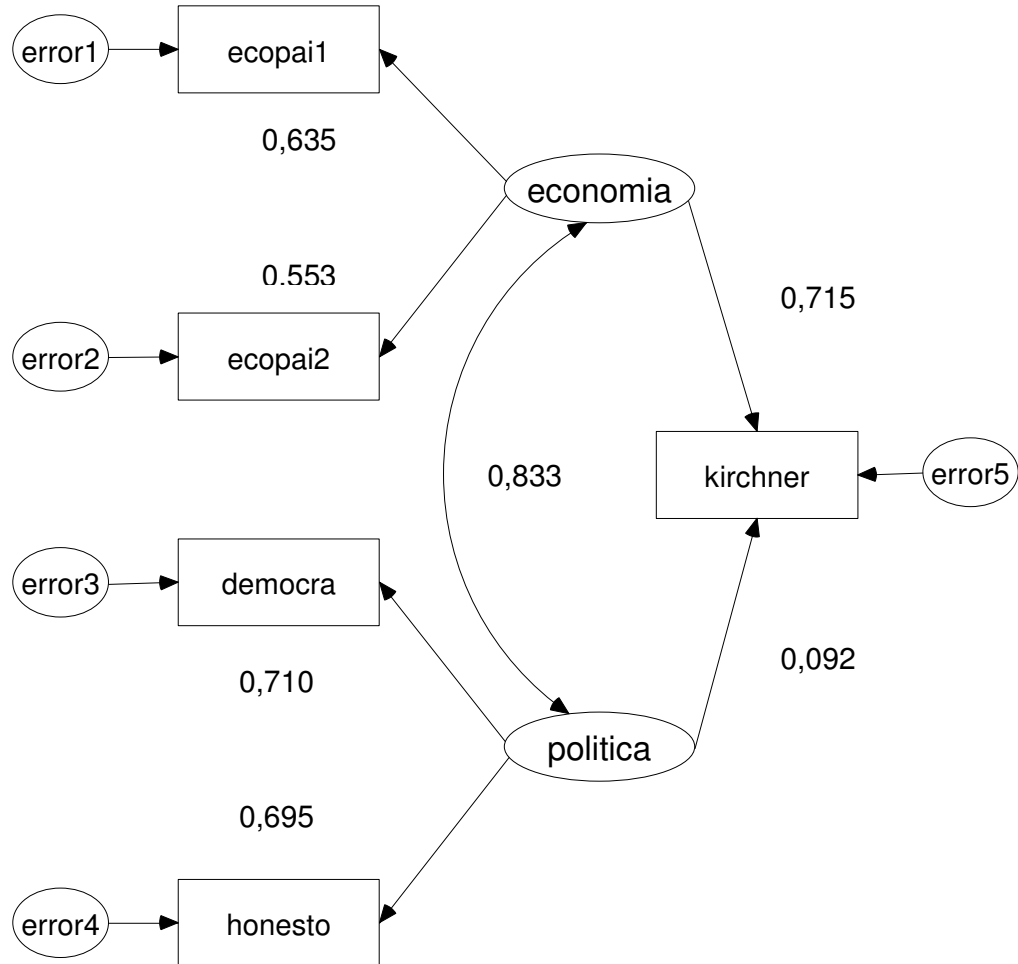
Empleando dichas variables, luego de varios ensayos, se logró elaborar una familia de modelos que se ajusta razonablemente bien a esos datos.⁷ Uno de ellos –denominado Modelo 1– se basa en las siguientes hipótesis estructurales:

⁷ Para todos los aspectos técnicos relacionados con la construcción e interpretación de dichos modelos puede consultarse a James L. Arbuckle, *Amos Users' Guide*, Chicago, 1997. Un análisis

1. Existen dos variables latentes endógenas –a la cual denominé “*economía*” y “*política*”, respectivamente– que explican las variaciones de la variable exógena observada correspondiente al índice de popularidad de Kirchner (denominada aquí “*kirchner*”).
2. Los indicadores manifiestos de la variable latente “*economía*” son las calificaciones de la situación económica del país arriba indicados, es decir, con respecto a las crisis pasada (“*ecopai1*”) y al último gobierno de Menem (“*ecopai2*”).
3. Los indicadores manifiestos de la variable latente “*política*” son las calificaciones del gobierno en materia de democracia –denominado “*democra*”– y de honestidad –denominada “*honesto*”.
4. La variable latente “*economía*” se vincula directamente con “*kirchner*”. Es decir, se supone que los encuestados valorizan al Presidente por sus logros económicos colectivos (no personales).
5. La variable “*política*” afecta también directamente al índice de popularidad de Kirchner. Es decir, se supone que la honestidad y el democratismo son indicadores de que el país está “marchando bien”.

El primer modelo y los parámetros estimados para cada una de dichas relaciones –expresados bajo la forma de coeficiente estandarizados o “betas” (β)– han sido resumidos en el siguiente gráfico:

Gráfico 2: Determinantes del índice de popularidad del Presidente Kirchner.
 $\chi^2 = 1,579$; grados de libertad = 3; $p = 0,664$.
 Sólo se indican los coeficientes de pasaje estandarizados más importantes del Modelo 1.
 La covariancia entre “política” y “economía” es igual a 0,833, con un error estándar igual a 0,020; razón crítica = 8.824.



Ante todo, cabe observar que el Modelo 1 –que es sólo una alternativa entre varias igualmente aceptables– tiene un grado de ajuste a los datos razonable. El χ^2 de ajuste alcanza a 1,579 con 3 grados de libertad y su probabilidad de ocurrencia es 0,0664; es decir que se puede considerar que las discrepancias

entre lo pronosticado por el modelo y los datos se deben al azar. Además, éste explica el 62,8% de la variancia del índice de popularidad del Presidente.

La incidencia de la variable latente “*economía*” sobre la imagen de Kirchner es muy alta: el incremento de una desviación estándar de ésta provocará un aumento del índice de popularidad de casi una desviación típica ($\beta = 0,715$).

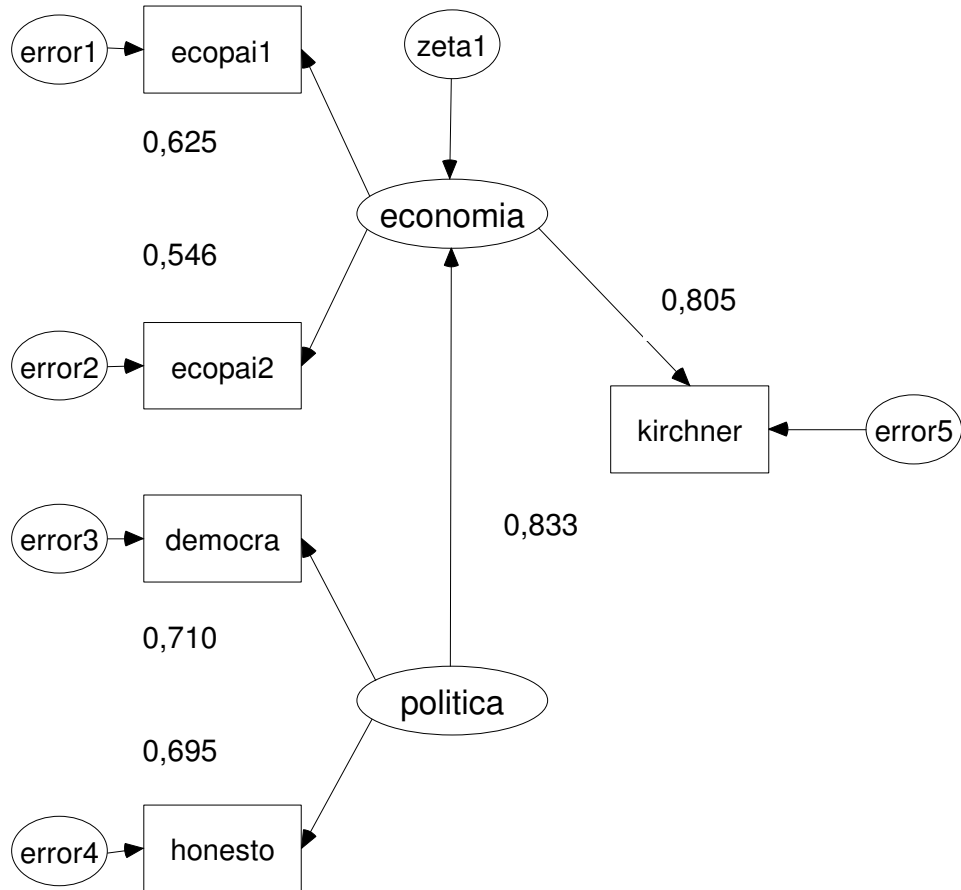
En cambio, la incidencia **directa** de la variable “*política*” es despreciable: resulta no significativa al 5% ($\beta = 0,092$).

No obstante lo anterior, la covariancia entre el factor “*economía*” y el factor “*política*” resulta muy alta y significativamente diferente de 0, indicando ello que esas variables latentes están correlacionadas entre sí y, por ende, que ese modelo no nos permiten despejar limpiamente la incidencia de las calificaciones políticas y económicas de la gestión gubernamental.

Para resolver ese problema se ensayaron varios modelos alternativos entre los cuales el que resultó ser el mejor ajustado a los datos y, sobre todo, el más parsimonioso, el aquí denominado Modelo 2. Ese esquema causal difiere del Modelo 1 en tres aspectos estructurales, a saber:

1. Se eliminó la doble flecha que unía que enlazaba a la variable latente “*economía*” con “*política*”. Ello equivale a suponer que dicha covarianza es nula, es decir que son factores ortogonales entre sí.
2. También se eliminó la flecha unidireccional que iba desde la variable “*política*” hasta la variable exógena manifiesta “*kirchner*”. Es decir, se supone que lo que aquí se ha operacionalizado como dimensión política no afecta directamente a la popularidad del Presidente.
3. A cambio de los nexos anteriores se trazó una flecha unidireccional que va desde la “*política*” hasta la “*economía*” lo cual equivale a suponen que si bien no existe un efecto directo de la popularidad de Kirchner sí existe un efecto indirecto, a través de la segunda.

Gráfico 3: Determinantes del índice de popularidad del Presidente Kirchner.
 $\chi^2 = 1,775$; grados de libertad = 4; $p = 0,777$.
 Sólo se indican los coeficientes de pasaje estandarizados más importantes del modelo 2.



El ajuste logrado por el Modelo 2 no sólo es razonable ($\chi^2 = 1,775$, $gl = 4$; $p = 0,777$) sino que la modificación introducida también elimina la covarianza no explicada entre ambos factores e incrementa ligeramente la porción de la variancia explicada del nivel de popularidad (el R^2 pasa de 0,628 a 0,648).

En otras palabras: la variable económica es el único determinante de la popularidad del Presidente pero –puesto que se trata de la percepción y no

de la marcha de la economía personal— ella está significativamente afectada por factores políticos.

Para este modelo el coeficiente de pasaje estandarizado que va desde la variable “*economía*” hasta el índice de popularidad de Kirchner es, como en el caso anterior, muy alto: $\beta = 0,805$.

El coeficiente de pasaje desde la “*política*” hasta la “*economía*” es $\beta = 0,833$ de lo cual resulta que el efecto indirecto de la primera sobre la popularidad de Kirchner es igual a 0,708. El incremento de una desviación típica de la “*política*” genera el incremento de 0,8 desviación típica de la “*economía*” lo cual genera, a su vez, un incremento de 0,7 desviación típica de la popularidad del Presidente.

Cabe señalar que si la dirección de la flecha entre “*política*” y “*economía*” se invierte —es decir, si se considera a la primera como una variable endógena dependiente de la segunda— el ajuste a ese nuevo modelo no es satisfactorio ($\chi^2 = 19,531$, $gl = 4$; $p = 0,001$). Análogamente, si se intenta trazar una flecha de pasaje entre “*economía*” y “*política*”, una segunda entre “*economía*” y “*kirchner*” y una tercera entre “*política*” y “*kirchner*” el modelo tendrá un ajuste aceptable ($\chi^2 = 1,5799$, $gl = 3$; $p = 0,664$). Sin embargo, el coeficiente de regresión para el nexo “*política* → *kirchner*”, $\beta = 0,092$, no es significativamente diferente de 0 (razón crítica = $0,496 < 1,96$).

Un último comentario: dicha familia de modelos no incluyó a las preguntas sobre la calificación de la economía personal —examinadas en páginas anteriores— durante 2006 con respecto al año anterior y al período de la crisis tanto por razones teóricas como estadísticas. Desde el punto de vista teórico es ya un principio altamente aceptado que —salvo casos poco frecuentes— el comportamiento de los ciudadanos no es “egoísta”, es decir, que sus calificaciones de la gestión de un gobierno no dependen de su bienestar económico personal sino de su percepción de cómo está funcionando la economía para el conjunto de la sociedad. Ese fenómeno, a mi juicio, es más notable en los EEUU y en Inglaterra en los cuales la gente tiende a atribuir tanto sus éxitos económicos personales como sus fracasos a sí mismo más que al gobierno de turno. Ocurre lo contrario, en una comunidad como en el sur de Italia en la cual el bienestar económico personal depende directamente de relaciones clientelísticas “personalizadas”. Estimo que la Argentina debe, en este aspecto, ubicarse en una posición intermedia entre esos extremos.

En el aspecto estrictamente estadístico, la inclusión de una variable latente correspondiente al bienestar económico personal cuyos indicadores manifiestos fueran los resultados de las preguntas arriba indicadas, parecía *a priori* prometedora. De hecho, la correlación entre el bienestar económico personal durante el 2006 con respecto al 2005 y el índice de popularidad de Kirchner es significativa al 1% ($r = 0,414$; $p = 0,000$). Análogamente, la correlación entre

bienestar económico en la actualidad con respecto a dicho indicador es significativa también al 1% ($r = 0,324$; $p = 0,000$).

No obstante, la inclusión de esos indicadores no contribuyó a mejorar el ajuste del modelo y, además, generaba un valor estandarizado para el coeficiente de pasaje de la variable latente “*economía personal*” y el índice de popularidad de Kirchner no significativo y de signo negativo (coeficiente de regresión “*economía personal*” → “*kirchner*” = $-0,030$; desviación estándar = $0,282$; razón crítica = $0,107$).

En síntesis: el bienestar económico personal resultaba estadísticamente superfluo –cuando se tomaban en cuenta las calificaciones de la economía del país y de la bondad política del gobierno– y contradictorio con la teoría estándar sobre la popularidad de un gobierno.

7. ¿Quiénes aman y quiénes odian (relativamente) a Kirchner?

Otra aproximación que puede ayudarnos a comprender la naturaleza de la actual coyuntura política –y a formular conjeturas acerca de su posible evolución– es determinar cuál es el perfil de quienes aceptan y de quiénes rechazan al Presidente Kirchner. Es decir, explorar qué nivel de asociación existe entre el indicador de popularidad de aquél y las diversas variables de clasificación incorporadas sistemáticamente en las mediciones de TN.

Efectuando ese análisis para los datos correspondientes al último cuatrimestre del año pasado se observan las siguientes asociaciones:

Cuadro 3: Variaciones del índice de popularidad de Kirchner, según diversos segmentos poblacionales

Nota: variaciones significativas al 1% indicadas como ** y al 5%, como *.

Variable	Descripción	$\chi^2=$	Grados de libertad	p=
Género	Aunque la diferencia en los niveles de popularidad del Presidente es muy pequeña, los varones califican a éste de manera más favorables que las mujeres	11,809	3	0,008**
Edad	En términos generales, la popularidad de Kirchner es menor a medida que aumenta la edad de los entrevistados. Sin embargo, la calificación del Presidente es máxima para las personas de 61 a 70 años y entre los que tienen hasta 40 años de tal manera que la distribución tiene forma de "U"	20,583	12	0,057*
Lugar de residencia	Los habitantes del Gran Buenos Aires califican mejor al Presidente que los residentes de la CABA	34,760	3	0,000**
Status ocupacional	Los que mejor califican a Kirchner son los jubilados y luego, las personas que sólo hacen tareas domésticas. En un nivel intermedio se encuentran las personas con ocupación remunerada. Por último, los que menos lo valorizan son los estudiantes y los desocupados.	31,000	12	0,002**
Educación	En términos generales, a mayor educación menos índice de popularidad. Sin embargo, mirando los datos con mayor discriminación resulta que los que tienen primario completo lo valorizan algo menos que los que tienen primario incompleto y los que secundario completo lo valorizan algo menos que los que tienen secundario completo	175,312	15	0,000**

Cuadro 3, continuación: Variaciones del índice de popularidad de Kirchner, según diversos segmentos poblacionales

Nota: variaciones significativas al 1% indicadas como ** y al 5%, como *.

Variable	Descripción	$\chi^2=$	Grados de libertad	p=
Voto para presidente	Los más entusiastas son, naturalmente, aquellos que dicen haber votado a Kirchner. En un nivel intermedio, se hallan los que dijeron haber votado a Carrió, a Menem o a Rodríguez Saá (tomados conjuntamente) o los que corresponden a la categoría residual integrada por los que votaron a otros candidatos, no contestaron o dijeron no haber votado en esa ocasión. El mínimo de popularidad se registra entre los que dijeron haber votado a López Murphy.	603,216	45	0,000**
Lectura de diarios	Los no lectores de diarios califican mejor a Kirchner que los lectores	18,797	3	0,000**
Lectura de Clarín	Quienes leen Clarín califican mejor a Kirchner que aquellos que leen otros diarios o no leen diarios	8,076	3	0,044*
Lectura de La Nación	Quienes leen La Nación califican mucho peor a Kirchner que aquellos que leen otros diarios o no leen diarios	150,682	3	0,000**

Varias de esas asociaciones son, en buena medida, espurias. Por ejemplo, los habitantes de Capital Federal quieren menos a Kirchner debido en gran parte a que ese distrito cuenta con residentes de mayor nivel educacional que el Gran Buenos Aires. Otro tanto sucede con la asociación entre no lectores de diarios y alta popularidad del Presidente.

Otras de esas asociaciones pueden prestarse a una interpretación causal equivocada. Por ejemplo, lo más probable es que el bajo nivel de calificación que adjudican al primer mandatario los lectores de La Nación se deba a que ellos tienen mayor nivel educacional y son más frecuentemente personas que dicen no haberlo votado, no a que la lectura de ese diario los haya persuadido de enrolarse en el antikirchnerismo.

Otras variaciones revelan aspectos interesantes del panorama político actual. Por ejemplo, que los mayores núcleos de resistencia al kirchnerismo están integrados ahora por votantes de López Murphy por un lado y votantes de los candidatos peronistas desplazados en el 2003, es decir por Menem y Rodríguez Saá. También que es evidente la atracción que Kirchner ejerce ahora sobre quienes votaron a Carrió cuyo “programa” suavemente izquierdista fue de alguna manera asumido por el actual Presidente.

Otro dato de interés es que los mayores opositores al kirchnerismo son los lectores del diario La Nación y que los lectores de Clarín son algo más kirchneristas que los lectores de otros diarios o no lectores tomados conjuntamente.

De todas maneras, los datos anteriores sugieren (sólo sugieren) que la principal línea de ruptura entre los partidarios y los no partidarios del actual gobierno –ruptura que no tiene el carácter de una polarización de la sociedad– es la determinada por el nivel de educación, y –puesto que la educación es un buen indicador del nivel socioeconómico– entre los niveles “bajos y “medio altos” de la población metropolitana.

De hecho, adoptando el índice de popularidad de Kirchner como variable dependiente y a las variables sociodemográficas anteriores como variables independientes, resulta que los mejores predictores de calificación del Presidente son la edad ($b = -0,005$; $\beta = -0,104$, $t = -5,662$, $p = 0,000$), el nivel de educación ($b = -0,091$; $\beta = -0,158$, $t = -10,426$, $p = 0,000$), residir en el Conurbano Bonaerense ($b = 0,107$; $\beta = 0,058$, $t = 3,964$, $p = 0,000$), ser jubilado ($b = 0,211$; $\beta = 0,094$, $t = 5,299$, $p = 0,000$) y el género, es decir, ser mujer ($b = -0,052$; $\beta = -0,032$, $t = -2,255$, $p = 0,000$).

Sin embargo, **tal como suele suceder normalmente con las encuestas de opinión pública**, los predictores anteriores (aunque significativos gracias al gran tamaño de la muestra ($F = 37,923$; grados de libertad = 5 y 4794; $p = 0,000$), explican apenas el 3% ($R^2 = 0,038$) de la varianza del índice de popularidad.

En este caso no se incluyó a las variables correspondientes a la lectura de diarios y al voto anterior porque ellas no son estrictamente sociodemográficas. Además, las respuestas a la pregunta sobre voto anterior, como es sabido, suelen ser muy sesgadas; los encuestados a menudo “no recuerdan” haber votado por los candidatos que perdieron. Por así decirlo: sus respuestas “profetizan el pasado”.

De acuerdo a lo anterior, el drama de la oposición es que dichos individuos “contradictorios” comprenden, en términos generales, no más del 20 al 25 por ciento de los electores y, por suerte para el kirchnerismo, están muy fragmentados en términos de lealtades partidarias e ideológicas.

Una posible estimación del tamaño máximo que puede tener el “mercado potencial” antikirchnerista en el área metropolitana puede ser calculada examinando las reacciones de los entrevistados de TN ante la posible candidatura presidencial del ex Ministro Lavagna. A mi parecer, ese candidato tiene la ventaja de poder atribuirse a sí mismo parte del mérito de la recuperación económica actual, la exitosa negociación de la deuda externa y no es considerado por el público como un

ultraopositor identificado con la derecha o la izquierda. Es decir, es un elemento “neutro”, potable tanto para simpatizantes de Macri como de Carrió.

Hacia junio de 2006 (medición #157; n = 300 casos) el 31% de los encuestados consideraba que ese dirigente “podía llegar a ser un buen Presidente”. Dos semanas más tarde (medición #159; n = 300 casos) el 32% consideró “positivo” que radicales y seguidores de Macri se decidieran a apoyar la candidatura de Lavagna.

8. El liderazgo de Kirchner y las “ideologías” en curso

Kirchner, como ya se mostrara, es el Presidente argentino con mayor nivel de popularidad (a los tres años de haber asumido) que haya existidos desde que se abriera el último ciclo democrático en este país. Eso es algo empíricamente demostrable, aunque, periódicamente, suelen suscitarse en los medios locales debates acerca de cuál es la medida “correcta” de popularidad un Presidente y cual es su nivel “real” de popularidad.⁸

Sin embargo, dicho indicador no nos permitirá determinar cuál es la índole del liderazgo que tiene Kirchner, cuáles son sus puntos fuertes y débiles y cuáles son, por así decirlo, los límites de su credibilidad.

En la Argentina es costumbre calificar a un dirigente con alto nivel de popularidad como “carismático”. Sin embargo, ese término se usa entre nosotros de manera ambigua; a menudo se usa para designar a un político que logra cautivar a su auditorio o que resulta, sencillamente, simpático a los más pobres. De hecho, tal como solemos emplearlo ahora, no tiene nada que ver con lo que Max Weber entendía por “carisma”.

Nuestra experiencia de los últimos veinte años indica que, si por líder carismático se entiende a un político cuya popularidad se mantiene alta a despecho de una coyuntura económica desfavorable y es inmune a la multiplicación de los reclamos sectoriales, ninguno de los presidentes que hemos tenido desde 1983 correspondió a esa categoría.

No fue carismático Alfonsín; tampoco Menem y mucho menos, naturalmente, De la Rúa. La popularidad de todos ellos, y su suerte electoral, disminuyó notablemente en los momentos en que la tasa de inflación o de desempleo se elevó.

Tampoco es Kirchner un líder carismático a la manera de Perón quien pudo gozar de la adhesión de la masa aún en el exilio por haber adoptado, mientras

⁸ Gran parte de esas discusiones se basan en un malentendido. Muchos investigadores de opinión suelen repreguntar a quienes califican al Presidente como “regular” si consideran que éste es “regular para bien” o “regular para mal”. Luego suman a las opiniones francamente positivas la tasa de “regular para bien” resultando ello, en este caso, un índice de popularidad de Kirchner cercano al 80%.

estuvo al frente del gobierno, medidas redistributivas fuertes y la incorporación activa al escenario político de sectores sociales hasta entonces marginales. Es probable que, en la actualidad, ya no queden en nuestro país “masas vacantes”.

No obstante, Kirchner es lo que ahora suele llamarse un “líder innovador”. Sin duda alguna, su gestión implica un cambio de rumbo con respecto al pasado inmediato, especialmente con respecto al gobierno de Menem y al paradigma de lo que debe entenderse por un mandatario “neoliberal”.

En ese sentido encaja perfectamente dentro de un proceso mayor que afecta ahora a toda América Latina y que se manifestara en la emergencia a través de procesos electorales (no de golpes de Estado) de gobiernos populares opuestos al Consenso de Washington: Lula, Chávez, Morales, Vázquez, Ortega y, más recientemente, Correa.

Es decir, éste un dirigente que parece empeñado en limitar el poder de varias de las corporaciones locales –desde las FFAA hasta los ganaderos, pasando por la Iglesia Católica– y ahora también del Departamento de Estado de los EE.UU. cuando presiona a favor de las empresas de ese país.

Repasemos algunos resultados de las mediciones de TN que, aunque discontinuos debido a que se refieren a los temas “calientes” de cada momento, nos permiten inferir las características destacadas del clima político y la imagen del Presidente en la actualidad. Ellos pueden ser sintetizados con la siguiente enumeración:

1. La población metropolitana apoya a las medidas estatizadoras de empresas privadas que antes era públicas. La ideología privatista impuesta hace pocos años por el gobierno de Menem –que nunca fue plenamente aceptada por la mayoría aunque se percibiera la ineficacia de la administración estatal de los servicios– está muerta.

Por ejemplo: hacia marzo de 2006 (medición # 147, n = 300 casos) el 54% consideró que la empresa Aguas Argentinas podía funcionar mejor si pasara a manos del Estado en lugar seguir siendo privada. Un 22% que dijo que funcionaría “igual” y sólo 19% opinó que “peor”. De igual manera, el público metropolitano apoyó la estatización del Correo Argentino.

2. El grueso del público apoya también los controles de precios pero, por otro lado, considera que ellos no funcionan y da por sentado que el índice de precios del INDEC no refleja la realidad o, más bien, que es mentiroso. Esa doble actitud de apoyo a los que se estima que no

es eficaz puede parecer irracional a un economista pero ha sido reiteradamente verificada por las encuestas de TN.

El 76% dijo estar de acuerdo con las medidas gubernamentales destinadas a frenar las exportaciones de carne para bajar su precio y sólo 18% dijo estar en desacuerdo con ellas (febrero de 2006, medición # 140, n = 300 casos).

No obstante, en junio de 2006 (medición # 158, n = 300 casos) el 72% opinaba que la política de control de precios no estaba funcionando.

3. También se observa que la mayoría ha dado su aprobación tanto a las medidas destinadas a depurar las FFAA y la Policía Federal como a las medidas de Kirchner dirigidas a encarcelar a quienes organizaron el terrorismo de Estado durante la dictadura pasada.

En octubre de 2006, inmediatamente después del secuestro de un testigo de la fiscalía en un juicio contra represores, sólo el 14% consideró conveniente postergarlos a fin de evitar mayores conflictos. El 84% (i) opinó lo contrario, es decir, que los juicios debían seguir. Cuando voceros de la Iglesia Católica sugirieron que dichos juicios estaban provocando divisiones innecesarias en el pueblo argentino, el 68% dijo estar en desacuerdo con ellos; sólo el 30%, de acuerdo.

4. La mayoría tiene la peor opinión de los EEUU, del gobierno de Bush y de la intervención de ese país en Medio Oriente. Otro tanto opina con respecto a la reciente invasión del Líbano realizada por el Estado de Israel.

Durante la Conferencia Cumbre realizada en Mar del Plata –a la cual concurrieron Bush y Chávez– el 67% dijo que los EEUU no habían ayudado a la Argentina a salir de la crisis sino que la había perjudicado (julio 2006, medición #164 a # 166, n = 900 casos).

El 80% opinó que la invasión al Líbano realizada por Israel había sido una agresión “repudiable” y sólo el 6% la consideró como un acto de legítima defensa frente al terrorismo.

5. Correlativamente, se observa que la mayoría apoya a la incorporación de Venezuela al Mercosur en tanto que una mayoría relativa califica positivamente a Chávez y, en general, mira con simpatía a los nuevos líderes de izquierda de la región. Otro tanto sucede con Fidel Castro.

En julio de 2006 (medición #164, n = 300 casos) el 70% consideró positivo la incorporación de Venezuela al Mercosur.

Hacia mayo de 2006 (medición # 174, n = 300 casos), el 48% consideró que Chávez ejercía una influencia positiva en América Latina en tanto que 37% opinó lo contrario.

En mismo ese mes (medición #153, n = 300 casos) se observa que el 42% consideró a Chávez como un político “comprometido con el bienestar de su pueblo) en tanto que el 38% lo calificó de “dictador”.

En agosto de 2006 (medición #166, n = 300 casos) el 18% opinó que si Castro muriera Cuba deberá acercarse a los EE.UU. en tanto que el 53% dijo que “debería seguir con su régimen actual”.

6. En cambio, en materia de política interior, son muchos los signos de desconfianza hacia la figura del Presidente y su entorno registrados en dichas encuestas, aún entre aquellos que califican positivamente a su gestión. En general, cerca de la mitad de los encuestados de TN considera que Kirchner no cumplió su promesa de “limpiar” el escenario político local, que busca manipular a los jueces, que su “pluralismo” no es auténtico y tampoco lo es su discurso ambientalista. Si bien 6 de cada 10 consideran que no puede ser tachado de autoritario, cerca del 40% –según se viera– considera que no es tan democrático como debería ser.

Cuando se preguntó en octubre de 2006 si Kirchner estaba cumpliendo con su promesa preelectoral de hacer más limpia a la vida política, el 55% dijo que sí en tanto que el 42% opinó lo contrario (medición # 168, n = 300 casos).

El 45% dijo estar de acuerdo en que Kirchner quiere manejar a los jueces en tanto que el 29% opinó lo contrario (enero de 2006, medición # 135, n = 300 casos).

En noviembre de 2005, el 45% consideraba que Kirchner era “muy intolerante” al criticar a obispos, opositores y periodistas en tanto que el 48% decía que “actúa como corresponde” (medición # 175, n = 300 casos).

No obstante, en noviembre 2005 (medición #151, n = 300) el 61% dijo estar en desacuerdo con aquellos que consideran a Kirchner “autoritario” en tanto que 34% dijo estar de acuerdo.

Para el 25% el “pluralismo” de Kirchner –palabra que él mismo usara en un discurso– significa “mejor diálogo con la oposición” en tanto que para el 55% significa “liquidar a la oposición” (mayo 2006, medición # 156, n = 300 casos).

El 53% consideró en agosto de 2006 (medición # 169, n = 300 casos) que Kirchner no está cumpliendo con su promesa de luchar contra la contaminación ambiental.

En síntesis: el blindaje de Kirchner no implica, de ninguna manera, una aceptación irrestricta de sus políticas y tampoco una adhesión personal ajena a la marcha de los acontecimientos económicos y políticos. Consiste en un apoyo no exento de sospechas y siempre acompañado de una actitud vigilante de parte de la ciudadanía.

Tampoco supone la percepción de éste como un líder que encabeza un movimiento popular que ha entablado una lucha de liberación contra la oligarquía, el “imperialismo” o fuerzas reaccionarias locales. Kirchner no tienen enemigos visibles sino opositores circunstanciales a los cuales la opinión pública, por otra parte, considera sin mayor peso político o siempre dispuestos a negociar con él.

Nunca como en este momento la palabra del Presidente parece haber tenido tanto peso a la hora de definir la agenda pública. Sólo, talvez, hacia los años de oro del Presidente Menem –cuando los argentinos creyeron haber ingresado en el Primer Mundo– la figura presidencial fue tan indiscutida y absorbente. Sin embargo, su liderazgo corresponde al género de los liderazgos propios de una democracia competitiva en la cual la ciudadanía se atiene a los resultados de la gestión y, muy en especial, a los beneficios económicos colectivos inherentes a ella.

Buenos Aires, 15 de febrero de 2007.

INDICE

	Pág.
1. Introducción	1
2. Unas pocas consideraciones iniciales	2
3. La popularidad del Presidente durante 2005 y 2006	6
4. Evaluación de los resultados de la gestión Kirchner	9
5. El experimento ideal, y supuestamente, decisivo	15
6. Un enfoque alternativo	19
7. ¿Quiénes aman y quiénes odian (relativamente) a Kirchner?	25
8. El liderazgo de Kirchner y las “ideologías” en curso	29